



STANLEY G. PAYNE

FRANCO

EL PERFIL
DE LA HISTORIA

Con esta obra, publicada en el centenario del nacimiento de Francisco Franco (1892-1975), el profesor Stanley G. Payne pretende trazar con desapasionamiento el auténtico perfil del hombre, del militar y del político que durante casi cuarenta años del siglo XX ocupó un lugar decisivo en la historia de España.

Su capacidad de maniobra y de adaptación es considerada como uno de sus rasgos más característicos, en esta biografía, que culmina con la evaluación del lugar que ocupa Franco en la historia de España y del mundo contemporáneo.

1

«El general más joven de Europa»

Se ha dicho que Francisco Franco fue la figura con mayor poder en la historia de España desde los tiempos de Felipe II. Ciertamente tuvo en sus manos mayor autoridad personal que ningún rey anterior, ya que unió las prerrogativas del dictador-regente a los poderes de control administrativo y político de un estado del siglo XX, poderes tan grandes que en un momento dado de los comienzos del régimen se le reconoció únicamente responsable «ante Dios y la historia». Todavía es demasiado pronto para saber el juicio de la historia sobre todos los aspectos de la vida de Franco, pero ya antes de su muerte su forma de gobernar dio lugar a una enorme cantidad de publicaciones, la mayoría de las veces propaganda laudatoria proveniente de la misma España, si bien siempre contrastada por una amplia bibliografía de denuncia, que ha ido aumentando considerablemente desde 1975.

Francisco Franco Bahamonde nació en El Ferrol el 4 de diciembre de 1892, en las postrimerías de un siglo XIX particularmente denso de acontecimientos en España, pero lleno de frustraciones. Antes de cumplir los seis años, España perdía casi todo lo que en otros tiempos constituyera el primer imperio del mundo, desapareciendo en humillante derrota sus últimas posesiones de importancia. De modo que Franco crece a la sombra de «el desastre» —como se solía llamar al año 1898— y en medio de un clima de con-

fuso pero vehemente «regeneracionismo» que aspiraba a superar las derrotas y fracasos del pasado reciente por medio de nuevos logros en el siglo XX que comenzaba. Aunque España era uno de los países pioneros en la adopción del liberalismo moderno —el término español *liberal* había entrado a formar parte de casi todas las lenguas modernas—, los ultraconservadores y los regeneracionistas más derechistas consideraban que la forma y doctrina del liberalismo era responsable de gran parte de esta frustración, propugnando la alternativa de un líder fuerte —un «cirujano de hierro» que uniese el país y resolviese sus problemas. Y este regeneracionismo nacionalista, derechista y autoritario se convertiría en uno de los componentes de la mentalidad de Franco desde su primera madurez, aunque, en realidad, sabemos poco sobre cualquier idea política específica suya anterior a los años veinte.

Franco era el hijo segundo de una vieja familia de marinos, originaria de Andalucía por parte de padre, que había proporcionado oficiales de Marina, por su línea masculina directa, durante seis generaciones sin interrupción en El Ferrol, a lo largo de casi dos siglos. Los padres de Franco no formaban precisamente una buena pareja. Su padre, Nicolás, oficial de intendencia de la Armada española, era un buen profesional que se retiró con el rango de vicealmirante. Aun cuando las historias sobre su afición a la bebida y al juego pueden ser exageradas, Nicolás Franco no era un oficial superior de Marina corriente, pues era agnóstico y librepensador que se mofaba de gran parte de la moral convencional. Era un hombre muy decidido y vehemente que educaba a su hijo con cierta rudeza, y que consideraba que la piedad y el moralismo católico de su esposa, algo ingenua y poco imaginativa, se iban haciendo cada vez más desagradables a medida que pasaban los años. La madre de Franco, Pilar Bahamonde, era diez años más joven que el marido, de quien era muy diferente en temperamento y en su modo de ver las cosas. La familia Bahamonde des-

cendía en parte de la pequeña nobleza gallega y estaba emparentada lejanamente con la novelista Emilia Pardo Bazán, y hay alguna indicación de que los Franco de Andalucía tenían algunos antepasados con algún grado de aristocracia.^[1] Doña Pilar parece haber sido una esposa y una madre de clase media, amable, de noble carácter y muy sacrificada, típica de su época, que consideraba incomprensibles las extravagancias personales y filosóficas de su marido. Don Nicolás había tenido un hijo ilegítimo cuando había estado en Filipinas como oficial de Marina^[2], aunque esto no fue revelado al resto de la familia hasta 1950. Y en 1912, cuando fue destinado a Madrid, abandonó a la familia, y estableció una nueva casa junto a una criada, con la que vivió el resto de su vida (evidentemente, pasando por el simulacro de «matrimonio popular» no católico) y de la que pudo tener o no una hija^[3].

Los Franco tuvieron cuatro hijos, que fueron, en orden de edad, Nicolás, Francisco (conocido por Paco o Paquito), Pilar y Ramón (una segunda hija murió cuando era muy niña). De los chicos, Paco era, sin duda, el más afectado por el drama familiar, identificándose con su madre y tomando de ella unas maneras tranquilas, estoicismo, moderación, autocontrol, religiosidad católica, solidaridad familiar y respeto por los principios tradicionales. Al mismo tiempo, fue incapaz de absorber su mansedumbre y su capacidad para eclipsarse. Muchos años después, tras la muerte de Franco, el dramaturgo Jaime Salom escribió un drama titulado *El corto vuelo del gallo*, anunciado como «la historia de Franco a través de la vida erótica de su padre». De todos sus hijos, el padre parece haber tenido menos simpatía por el compulsivo y reservado Paco, cuya personalidad se parecía más a la de la madre. Pese a esto, parece ser que Franco tuvo una infancia normal y no especialmente infeliz, si bien él sentía hacia su padre la misma antipatía. Aunque, más tarde, los demás hijos, ya adultos, visitaron a su padre de

vez en cuando, no hay ninguna evidencia de que Franco hiciera otro tanto. E incluso no está claro que volviese a ver a su padre después de 1912, y cuando la madre murió, en 1934, los hijos ignoraron al padre, en lo posible, con ocasión del funeral.

Los tres hermanos tenían personalidades diferentes, compartiendo únicamente un afán poco usual por su mejora personal y por obtener el reconocimiento de los demás. Nicolás, el mayor y el único de estatura normal, era el más convencional. Siguiendo la tradición familiar, pudo ingresar en la carrera naval en una época de graves restricciones y fuerte competencia, obteniendo el despacho de oficial de ingenieros navales. Más tarde pasó al cuerpo de Construcciones Navales, que disponía de escaso personal y podía proporcionar ascensos rápidos, y en 1921 alcanzó un grado equivalente al de un teniente coronel del Ejército, a una edad ligeramente inferior a la que su mucho más famoso hermano alcanzó el mismo grado. A los treinta y cinco años abandonó el cargo para convertirse en director de un boyante astillero civil de Valencia. Nicolás, que era un sibarita y un poco dandy, dedicaba su tiempo a los negocios y a continuación a una extravagante vida nocturna (hasta horas extraordinariamente avanzadas de la noche), sin manifestar la misma sed de hechos heroicos que sus hermanos menores. Amigo de gastar bromas y contar chistes, era, con mucho, el más convencionalmente humano de los hermanos^[4].

La drástica reducción del número de admisiones al cuerpo de oficiales de Marina en la primera mitad del siglo impidió que Paco y Ramón siguieran el camino de su predecesor. Pero Paco sí pudo ingresar, en cambio, en la Academia de Infantería de Toledo, convirtiéndose en cadete a la edad de catorce años, el más joven y uno de los de menor estatura de los candidatos a oficial, pues medía 1,645 metros. En la academia, Franco demostraría ser un cadete resuelto, aunque no particularmente distinguido, graduándose con el número 251 de una clase de 312. Puede que no

haya sido objeto de demasiadas novatadas y ridiculizaciones, como a veces se ha dicho, pero sí es cierto que continuará siendo conocido por el diminutivo, de una forma u otra, durante muchos años. Ya adulto, Franco medirá 1,67 metros, y lo llamarán, al referirse a él, Franquito o incluso (cuando ya era oficial) teniente Franquito. Y esto se debía no sólo a su corta estatura (pues había muchos oficiales bajos en el Ejército español en aquellos años, algunos más bajos que Franco), sino también a causa de su voz poco enérgica y ceceante, decididamente aguda, quizá por haber sufrido a lo largo de su vida problemas de los senos nasales o de los bronquios^[5].

El hermano pequeño, Ramón, que doña Pilar habría querido dedicar al sacerdocio, lo hizo mucho mejor, al convertirse en oficial, siendo antes galonista y graduándose con el número 37 de una promoción de 413, si bien tenía la ventaja de ser un año mayor que Paco cuando ingresó en la academia. Pronto Ramón se presentó voluntario para una nueva y atractiva arma, la Aviación militar, y llegó a ser, a la edad de treinta años, en 1926, el Charles Lindbergh español, primer piloto del *Plus Ultra*, el avión con el que realizó el primer vuelo transatlántico hasta Buenos Aires. Por aquellas fechas era, sin duda, más famoso y desde luego más popular que el hermano que estaba en el Ejército, Paco. Temerario y amante de la publicidad, el diminuto Ramón (más bajo aún que Franco) emuló la vida personal de su padre, pero buscó un reconocimiento incluso mayor tratando de organizar el primer vuelo español alrededor del mundo, proyecto condenado a verse frustrado. Como alternativa se volvió hacia la política, en el marco de la izquierda radical, y fue uno de los militares que conspiraron en favor del advenimiento de la Segunda República en 1931^[6].

Franco obtuvo el diploma de alférez en 1910, a la edad de diecisiete años. Su petición, en un primer momento, de ser asignado al servicio operativo en Marruecos le fue de-

negada, quizá debido a su edad y al hecho de no tener un *currículum* especialmente distinguido, pero dieciocho meses más tarde acabó siendo enviado allí; era éste el único camino para un ascenso rápido en el Ejército español. Su primer turno de servicio en Marruecos duró más de cuatro años, de 1912 a 1916. Franco hizo gala de valor, disciplina y decisión en sus primeros encuentros con las cabilas nativas hostiles y salió de los primeros combates sin un rasguño. El estilo de los africanistas (oficiales que habían servido o servían en Marruecos) solía ser más bien despreocupado, basado más en las agallas y en el aguante que en la planificación o en la técnica. Su autocontrol, su actitud práctica e impersonal, su valor ejemplar y su insistencia en el orden y en la disciplina le permitieron ser un eficaz comandante de sección y luego de compañía, a pesar de su juventud. Resultó tener más recursos como mando en combate de lo que su *currículum* podía haber hecho esperar, y acabó perteneciendo a esa minoría de oficiales que trató seriamente de servirse de mapas, fortificaciones y de la preparación técnica de las columnas armadas. En vez de irse de juerga, a jugar a las cartas, a beber vino y con prostitutas, como muchos de sus camaradas, Franco se dedicaba al trabajo^[7]. Rápidamente fue recomendado para teniente y luego para capitán, y acabó siendo herido gravemente en el abdomen el 29 de junio de 1916, cuando mandaba tropas en combate cerca de Ceuta.

Comenzaba ya a ser conocido que el valor de Franco se igualaba sólo con su ambición. En el Ejército español, a los oficiales que sufrían heridas de consideración en combate se les ascendía rutinariamente; cuando esto le fue negado a Franco en un primer momento, debido a que era demasiado joven, no descansó hasta que su petición fue presentada al rey. Finalmente fue ascendido a comandante antes de cumplir los veinticuatro años, lo que resultaba asombroso en el cuerpo de oficiales español de la época, inflado y dominado por los de mayor edad, convirtiéndose en su jefe

(u oficial superior) más joven. En 1917, el «comandantín», como se le llamaba, inició un período de servicio en la metrópoli como comandante del batallón de Infantería de la guarnición de Oviedo. Pidió la admisión en la Escuela Superior de Guerra para complementar su limitada preparación técnica, pero no se la admitieron, basándose en que su grado era ya demasiado alto como para permitir que se matriculase en estudios. Franco volvió a Marruecos para contribuir a la organización de los nuevos Tercios de la fuerza de élite denominada Legión. Destinada a servir como fuerzas de choque, los voluntarios del Tercio se ganaron el macabro apodo de «Los novios de la muerte». De los aproximadamente veintiún mil hombres que formarán los ocho batallones de la Legión que servirán durante las campañas de Marruecos, unos dos mil serán muertos y más de seis mil heridos. Durante los intensos combates de 1921-1922, Franco será propuesto para el ascenso en dos ocasiones, pero esto era imposible hasta que no cumpliese treinta años. En 1923 será nombrado comandante de la Legión^[8], una vez que su antecesor en el puesto, como otros muchos oficiales de este cuerpo, hubo muerto en combate.

En estos años Franco desarrolló, en un primer momento, ambiciones periodísticas que más tarde exhibiría sólo periódicamente. El único libro completo que escribió fue *Marruecos. Diario de una bandera* (en la Legión, bandera equivale a batallón), publicado en 1922, cuando era comandante del Tercio. Hay rumores que afirman que el manuscrito fue escrito en parte por un «negro», el periodista catalán Juan Ferragut, aunque no hay pruebas concluyentes de ello. Junto al libro, y posteriormente, aparecerá una serie de artículos en la *Revista de Tropas Coloniales*.

Diario de una bandera era una memoria militar parca, directa, a veces técnica. Con todo, de manera más general, ensalzaba los valores militares y defendía el papel de España en su Protectorado marroquí, al tiempo que mostraba

una creciente conciencia de la imagen pública del autor y una cada vez mayor preocupación por aquélla.

Siendo niño había vivido el desastre de 1898 en la principal base naval española, y cuando ya era un oficial maduro, había sido testigo de otra humillación nacional, cuando el frente oriental marroquí se había hundido totalmente en la derrota de Annual de 1921. Por ello insistía en que sólo la acción militar podría tener éxito en la pacificación del Protectorado, y a su vez esto no sería posible a menos que el gobierno y la opinión nacional apoyasen al Ejército. Franco se lamentaba de que éstos fueran indiferentes al «sacrificio» de los militares en Marruecos, y rechazaba categóricamente la propuesta de crear un ejército colonial separado para el Protectorado. Opinaba que el servicio en Marruecos representaba el mejor adiestramiento para las fuerzas armadas, que necesitaba urgentemente experiencias de este tipo para todas las unidades.

Mientras se calificaba a sí mismo de «modesto, ingenuo y sencillo» (ninguno de estos adjetivos era adecuado para su caso, pues en realidad era ambicioso, astuto y complicado), insistía en la importancia del espíritu patriótico, del orgullo y de la devoción al honor nacional. Como la mayoría de los oficiales serios, también él quería que el Ejército dispusiese de las mejores y más modernas armas y, al ser defensor de la movilidad, aprobó con entusiasmo la formación del primer pelotón de vehículos blindados y de minicarros de combate en 1922. Franco no era un gran innovador, pero daba gran importancia al valor de un material adecuado y a «saber manera».

Franco se casó en octubre de 1923 con Carmen Polo y Martínez Valdés, hija de una rica familia asturiana de clase alta. La había visto cuando tenía quince años en una merienda de sociedad en Oviedo, seis años atrás, y después de haber sido rechazado por el padre de otra muchacha perteneciente a la clase alta gallega a la que había hecho la corte, Franco persiguió a la joven asturiana con la tenaci-

dad y decisión que demostraba en su profesión. Carmen Polo, según la describe uno de sus mejores biógrafos, «sin ser una belleza, poseía un perfil aristocrático, unos movimientos elegantes y una vivacidad de buena ley»^[9].

Pronto ella correspondió al interés y afecto de su pretendiente, viendo en él a un atractivo héroe nacional que, pese a su introversión básica, podía ser hablador y vivo en los encuentros de sociedad.

El hecho de tener una voz fina y aguda y de que fuese un poquito más bajo que ella no parecía ser un obstáculo para el amor. El impedimento era el esnob padre de Carmen, que tenía poco respeto por los oficiales jóvenes con medios modestos, y una vez se le oyó decir que «dejar que se case con ese individuo es como dejar que se case con un torero», o bien alguna frase semejante. El noviazgo quedó interrumpido durante dos años y medio a causa del servicio de Franco en Marruecos entre 1920 y 1923, pero Carmen era tan fiel y decidida como su amado. La reputación personal de Franco se vio aumentada entre sus hombres gracias a la leyenda que afirmaba que había tenido que posponer dos veces su matrimonio para cumplir con sus deberes en el frente de batalla; el combate era algo que muchos oficiales españoles de la época evitaban a toda costa. Cuando por fin se celebró el matrimonio durante un breve permiso o ausencia de la Legión, el prestigio de Franco se había incrementado tanto que había sido nombrado gentilhombre de cámara de Alfonso XIII, cuyo representante personal fue padrino en la ceremonia.

Este matrimonio de amor, pues eso fue realmente, resultó ser, desde todos los puntos de vista, muy afortunado. La pareja creó un hogar convencional, católico, de clase media alta, bendecido finalmente, tres años después, por el nacimiento de una única hija, llamada también Carmen (aunque más conocida por Carmencita)^[10]. Su vida familiar feliz y segura reforzó ulteriormente los valores conservadores y reli-

giosos de Franco, y sirvió para mantener en pie su identidad católica que, según algunos, había comenzado a atenuarse en sus primeros años de oficial^[11].

Sin duda, Franco dio la bienvenida a la instauración de la dictadura de Primo de Rivera en septiembre de 1923, pues se oponía ya al parlamentarismo liberal, al que consideraba fuente de debilidad y división. Como oficial en activo, naturalmente, no participaba en los asuntos políticos, pero hizo que sus puntos de vista fuesen conocidos cada vez más en los asuntos militares. En 1924, Primo de Rivera se vio obligado a llevar a cabo una retirada estratégica en la porción oriental del Protectorado con el fin de acortar las líneas españolas. En una comida de campaña improvisada en el campamento de la Legión de Ben Tieb, al suroeste de Melilla, el 19 de julio de 1924, Franco se hizo el portavoz de la preocupación de los oficiales africanistas sobre los planes de Primo de Rivera. La atmósfera de la comida se hizo tensa y emocional, aunque las relaciones entre Franco y el relativamente indulgente dictador pronto quedaron restablecidas durante un segundo encuentro, unos días más tarde.

Franco jugó un papel importante en las decisivas campañas de Marruecos de 1924-1925 que quebrantaron la resistencia de la insurgencia nativa. Él mandó la primera oleada de ataques tras el desembarco en la costa norte de la fortaleza del líder rifeño Ben Abd el-Krim, que fue posiblemente la mayor y más lograda operación anfibia bajo fuego enemigo de la historia militar hasta esa fecha. Y la leyenda de la *baraka* (buena suerte) de Franco se consolidó más que nunca; los legionarios y otros veteranos afirmaban que nunca resultaban derrotados cuando Franco los mandaba. Recién cumplidos los treinta y tres años fue ascendido a general de brigada, lo que lo convertía, según se decía, en el más joven general en servicio activo de toda Europa. El período de catorce años de servicio en África llegaba a su fin, pero había echado las bases de su fama y de su ascendien-

te personal en el seno del Ejército español. En los últimos años de su vida, los días de África fueron los que él recordaba con nostalgia. Para él fueron tiempos de heroísmos juveniles y de un patriotismo sin complicaciones, tiempos de felicidad personal que el matrimonio llevó a su clímax. De ahora en adelante, su vida se hará cada vez más complicada y cada vez más involucrada en la política.

Durante los dos años siguientes a Franco se le asigna el mando de la Primera Brigada de guarnición en Madrid, lo que le da oportunidades de hacerse con algún conocimiento de la política y la cultura de la capital, de relacionarse con otros sectores de la élite social, leer más y mejorar sus contactos y su educación profesional. En realidad, la dictadura de Primo de Rivera nunca fue especialmente popular entre los militares, cuyas prioridades y estructura intentó manipular, y diversos elementos de la oficialidad tramaron y conspiraron contra aquél desde el principio hasta el final. Pese al incidente de Ben Tieb de 1924, Franco apoyó al dictador, y éste, a cambio, apreciaba la profesionalidad de Franco, su disciplina y el que no se mezclara en las intrigas políticas. Primo de Rivera decidió acabar con el escaso adiestramiento y el sectarismo entre los cuerpos del Ejército, reinstaurando la Academia General Militar de Zaragoza, para proporcionar un adiestramiento profesional unitario a todos los nuevos oficiales de carrera. Cuando la academia abrió sus puertas en 1928, su primer director fue Franco.

Por esas fechas, Franco carecía de experiencia en el mando y en la organización militar a gran escala y no había progresado en sus conocimientos técnicos. Sí tenía una gran experiencia en combate con unidades pequeñas y medias, y organizó una nueva escuela de adiestramiento de oficiales que insistió en los fundamentos militares, en la logística y en la organización básica, poniendo especial énfasis en la mística profesional y patriótica. Franco consideraba la moral y la actitud de la máxima importancia y procuró crear una psicología profesional firme y animosa proporcio-

nando adiestramiento gracias a algunos de los mejores instructores técnicos que podía ofrecer al Ejército español. Personalmente, trató de completar su limitada educación formal con una serie de lecturas y halló incluso algo de tiempo para la literatura contemporánea, y afirmaba que su autor favorito era su paisano, el escritor gallego Valle-Inclán.

Los aproximadamente tres años y medio que Franco pasó en Zaragoza fueron felices y gratificantes, e incluyen el primero y único viaje al extranjero, una breve visita profesional a Alemania, donde le interesó especialmente la Academia de Infantería de Dresde. En Zaragoza tuvieron los Franco su primer éxito social importante, al relacionarse con la élite provincial. En 1929, una calle de la capital aragonesa recibió el nombre de Franco. Su atractiva cuñada, Zita, que vivió con ellos durante un tiempo, se comprometió con un suave y astuto abogado del Estado, Ramón Serrano Súñer. Hombre atildado, guapo, con los ojos azules, Serrano Súñer estaba bien relacionado con los círculos políticos de derechas y posteriormente jugaría un importante papel en el desarrollo de la carrera política de su cuñado.

A finales de los años veinte, Franco, el héroe militar, se había convertido también en parte de la clase política dirigente. Al ser gentilhomme de cámara del rey, quedaba identificado con la monarquía, y por su nombramiento para la Academia Militar, con la dictadura. Franco observó con cierta consternación el declive y la caída de Primo de Rivera en 1929-1930; más tarde incorporaría los aspectos más importantes de la política del dictador, en especial lo referente a su eclecticismo y sincretismo, con lo que trataba de formar un gobierno de expertos con llamamientos al populismo y a las clases medias, todo ello en un entramado corporativista. Con todo, Franco estaba lejos de ser un admirador incondicional de Primo de Rivera, y tomó nota de su torpeza, de su tendencia a la irreflexión y a la improvisación, y a provocar la hostilidad política gratuitamente. Pe-

ro mucho peor que la caída de la dictadura fue para Franco la subsiguiente caída de la monarquía, que puso en peligro los principios básicos de la autoridad, el patriotismo derechista y la continuidad tradicional que Franco había aprendido a amar desde su niñez. El proceso de concesiones y de liberalización había quedado descontrolado totalmente, y es muy posible que esta experiencia enseñase a Franco —como sugieren algunos biógrafos— que una vez asumida la autoridad nunca debía dejarse a un lado o reducirse, pues podía derrumbarse toda la estructura. E instintivamente salió en defensa de la monarquía; en tiempos de la primera y minúscula rebelión militar republicana de Jaca, de diciembre de 1930, Franco movilizó inmediatamente a sus cadetes y los envió a cerrar el paso por el sur a los sublevados.

Tres meses después de llegar al poder en 1931, el gobierno de la Segunda República clausuró la Academia General Militar por militarista y elitista y por tratar de formar un espíritu de cuerpo equivocado. En un notable discurso de despedida a sus cadetes, el director saliente dejó clara su lealtad a la monarquía, al tiempo que urgía a los oficiales a observar estricta disciplina bajo el nuevo régimen. Tras esto, a Franco no se le asignó ninguna tarea activa en seis meses, y durante los tres años siguientes estaría políticamente a la defensiva. El conflicto con la República puede incluso haber alterado las manifestaciones externas de su personalidad. El Franco de los años veinte era alegre, vivo y hablador, como lo demuestran las tomas de los noticiarios de la época. Siempre fascinado por el cine, había actuado brevemente en una película. Pero «el Franco extravertido, jovial, amigo de tertulias, se convierte para siempre, desde 1931, en el Franco retraído, monosilábico, indeciso»^[12].

En un primer momento, la experiencia republicana fue mucho más agradable para los hermanos. Nicolás se llevaba bastante bien con los políticos liberales moderados, como los del Partido Radical, mientras que Ramón se convir-